



“EL ROBO DEL AGUAMANIL”

Era una fresca mañana de jueves, tan insulsa como muchas otras. El museo Cau Ferrat acababa de abrir sus puertas y varios turistas se desplazaban para recorrer sus salas. Entre ellos estaba Ignasi, un anciano de casi noventa años que era un visitante habitual. Asiduo más bien, a la estancia del

«manantial», donde se exponían dos desnudos realizados por Ramón Casas, una veintena de dibujos

acuarelados de María Rusiñol, vitrinas, objetos arqueológicos y parte de la colección de cerámica. Era esta última muestra, la que recababa su atención.

Sabedor de que constituía la cuarta parte de la representación del recinto, la admiraba hasta la saciedad. Fue por eso, que se percató de algo que no habían notado ni los responsables. Ignasi no podía creer lo que estaba viendo. ¡Faltaba la cerámica más preciada! —aunque muchos le rebatieran esa apreciación— ¡El aguamanil de loza esmaltada en azul había desaparecido! En su lugar había un espacio perfectamente visible. No entendía cómo nadie se había dado cuenta.

Desde que el artista, pintor y escritor, Santiago Rusiñol y Prats, modificó aquellas dos casas para convertirlas en su casa-taller, el «Templo del Modernismo» formó parte indisoluble de la villa de Sitges. A su deceso, fue convertida en museo para conservar y exhibir su obra, así como sus colecciones. Entre las que estaba la pieza que hoy había desaparecido, inquietando a Ignasi.

El aguamanil no era más que una especie de jarro con pico vertedero y un asa grande. Se usaba para lavarse las manos sobre un recipiente o vasija ancha y poco profunda. La pieza extraviada era una obra única. De autor desconocido, que se piensa fue creada en Barcelona, a finales del siglo XVI o inicios del siglo XVII. Ignasi recuerda su decoración vegetal, resaltando los crisantemos o las grandes tulipas de su cuello. Rodeada en su diseño, por árboles y ramas distribuidos asimétricamente, creando un paisaje de arquitectura rural con figuras de cazadores y músicos. Era su preferida, podía detallar su forma de balaustre con sus dos asas curvas en su parte superior, como si la tuviera delante.

Nunca entendió cómo aquella extraordinaria obra de 1675, no estaba mejor protegida. ¡Aquello no estaba sucediendo! Sintió un vahído repentino, por lo que se apoyó en la pileta gótica para bautizos que presidía la sala y que el mismo Rusiñol había adquirido en la ermita del Vinyet. Le tomó unos eterno segundos recuperar el aliento. Aún sin fuerzas, sacó un pañuelo para secarse el sudor frío de

la frente. La veleta del gallo que coronaba la pila le apuntaba directamente, como si esa fuera una señal de Pablo Gargallo, para que se ocupara del extravío.

Se incorporó y de soslayo volvió a mirar al sitio donde estaba el antiquísimo aguamanil, tenía la esperanza de que todo hubiera sido un error. Pero no fue así, la pieza había sido sustraída.

La modelo de la pintura «Desnudo femenino con escorzo» de Ramón Casas, parecía no importarle, mientras se retorció intuyendo la desesperación del anciano. Tampoco se apiadaron los platos de porcelana francesa que franqueaban el cuadro «El cementerio de Montmartre». Inmerso este último, en su debate de localización; Saint-Vincent, Montmartre o Clichy. Todo parecía abandonarle, ninguna pista. Incluso los once platos y los tres cuencos que adornaban el arco sobre las dovelas, parecían darle la espalda.

Ya repuesto, se acercó al sitio donde estaba colocado el aguamanil. Buscaba algún signo que arrojara luz a la pérdida. Valoró todas las posibilidades. Desde un robo, hasta una retirada voluntaria por parte de la entidad. Pasando por la rotura o el cambio de lugar. Esto último era imposible, la pieza llevaba muchos años en ese lugar. De hecho, él mismo conservaba la guía del museo que la diputación de la ciudad de Barcelona editó en el año 1940. En ella, el aguamanil ya estaba en el sitio actual. Tampoco había rastro de minúsculos trocitos de cerámica que indicarán una rotura reciente, tanto como la noche anterior. Pues como era habitual en su rutina diaria, el día anterior había visitado a su mimada cerámica.

Ignasi Bosch i Villavecchia había nacido en 1931, justo el mismo año que Santiago Rusiñol fallecía en Aranjuez. Por obra del destino, su vida había estado ligada con el artista, casi desde su nacimiento. Cuando le decían que su devoción estaba marcada por ser un sitgetano arraigado, no se tomaba el trabajo de explicarles que lo suyo traspasaba cualquier dimensión. Todo estaba por encima del lugar, el tiempo o las circunstancias. Era una especie de predestinación a la que nadie escapa, independientemente del linaje o la estirpe familiar. Se sentía el escogido para salvaguardar todo lo expuesto en Cau Ferrat, sobre todo el aguamanil desaparecido. Y eso iba a hacer.

El resto de los visitantes estaban en otras salas, haciendo sus fotos de rigor o simulando su estupefacción, ante obras de las que no conocían absolutamente nada. Aquella falsía, le recordaba cuándo un lector pedía una dedicatoria, para un libro que aún no se había leído. Unos y otros jugaban su papel en un mundo cada vez más volcado en lo estético y menos en la intelectualidad.

El anciano quiso gritar para advertir del robo, pero apenas le salía la voz. Probablemente nadie le escucharía, todos aquellos vagaban por las estancias, ataviados de sus teléfonos móviles y de los artefactos que cubrían sus oídos, los cuales en la mayoría de los casos «vomitaban» estridentes melodías. Tendría que desencadenar la alertar de alguna manera, por lo que sacó su teléfono sin

pensárselo dos veces.

Justo cuando iba a marcar el número de la policía, una brisa fuerte retumbó en las ventanas de madera. El estruendo lo despertó de súbito en medio del sobresalto. Completamente empapado de sudor y angustiado, el «viejo» Ignasi se percató que todo no había sido más que un sueño. Sintió un gran alivio, poco importaba que la pertinaz lluvia se colará entre las barras oxidadas, alcanzando sus pantuflas de paño a cuadros. La reliquia de su artista preferido, seguía a buen recaudo en la sencilla casa de pescadores adquirida en 1893, gracias a su relación con el Obispado de Barcelona.

El aguamanil del siglo XVI, con aquella decoración de franjas superpuestas, estaba en su sitio. Aquella pieza única, de creador desconocido, permanecería reposando en las estancias del «Brollador».

Seguirá pasando desapercibida para los visitantes de Cau Ferrat, los cuales solo admirarán las pinturas, la colección de forja o los vidrios. Poco importan sus siglos de antigüedad o su exclusividad. La cerámica que convierte los sueños del viejo Ignasi en auténticas pesadillas, apenas será advertida.

Solo él sabrá que el morador de la casa-taller, lavaba sus manos manchadas de pintura o de hierro forjado en ella. El día que todos lo crean, entonces habrá que custodiar el aguamanil, como se merece. Entonces, se hará visible para muchos. Tal vez en ese momento, Ignasi no esté para verlo, ni tampoco se escuche su ronca y apagada voz murmurando: «Se los dije»

La brisa no cedía y la lluvia no dejaba de salpicarle. El anciano se incorporó y cerró las ventanas que antes habían sido del derruido castillo de Sitges, al menos eso decía a todos. Aunque hacía un tiempo que nadie le visitaba, siempre repetía sus historias. La mayoría de sus amigos habían emprendido «el viaje de partida» y su familia se había asentado en Suiza, viniendo solo los veranos. Un intenso dolor en las caderas le recordó que aún estaba de pie. Los años que había pasado siendo guardia de seguridad del museo, le pasaron factura y apenas podía mantenerse en pie. Aceptó a regañadientes volver a su sillón Chesterfields y se sumergió en él. Nada le apetecía más después de aquella siesta, que terminar de leer «Vida i miracles», de Santiago Rusiñol.

Alexis González Páez

